



LA ECONOMIA DE PUERTO RICO  
Y SUS PROBLEMAS

RAFAEL de J. CORDERO

# *La Economía de Puerto Rico y sus Problemas*

Conferencia dictada el lunes 7 de febrero de 1949 en la Universidad de Puerto Rico, en el foro público sobre diversos aspectos de la economía del país, auspiciado por la Facultad de Ciencias Sociales.

Río Piedras, P. R.

1949

## *I Características Principales de Nuestra Economía a Fines del Siglo Pasado*

La economía de Puerto Rico en las postrimerías del siglo XIX podría describirse del siguiente modo:

La agricultura era la principal fuente de riqueza y de trabajo. De cada 100 personas ocupadas en actividades lucrativas, 63 se dedicaban a trabajos agrícolas. Sólo se cultivaba un 23% del área total de la Isla. El cultivo más importante y próspero era el café de cuyas cosechas se llegó a exportar en algunos años, más de medio millón de quintales. De caña se cultivaban alrededor de 70,000 cuerdas cuyo rendimiento final en azúcar era de poco menos de una tonelada por cuerda. El tabaco producido en aquella época alcanzaba un valor de alrededor de un millón de pesos. En las llanuras había ganado en abundancia y en las haciendas y pequeñas fincas se producía una gran proporción de los alimentos para el consumo doméstico y local.

La tierra no se cultivaba con métodos científicos ni con equipo adecuado. La mayoría de los agricultores carecía de capital. Predominaba la hacienda y el peonaje. Las  $\frac{2}{3}$  partes de la población no poseía tierra. Los jornales agrícolas eran muy bajos, generalmente 35¢ por una jornada que duraba de sol a sol. Las carreteras, ferrovías y medios de comunicación eran escasos y, por consiguiente, las facilidades del comercio eran costosas.

El comercio exterior había adquirido bastante importancia. En 1895 se exportaron productos por valor de más de 15,000,000 de pesos y las importaciones alcanzaron a cerca de 17,000,000. Los principales renglones de exportación eran el café, azúcar y mieles, tabaco, guano, ganado, cueros y maíz. La mitad del valor de las importaciones consistían de productos alimenticios entre los que predominaban el arroz, pescado, productos del cerdo y la harina de trigo. Los productos de algodón, las maderas y productos de madera y los productos de cuero también constituían importantes renglones de las importaciones. Casi la mitad de nuestras exportaciones se vendían en España y Cuba, la sexta parte en Estados Unidos. Las  $\frac{2}{3}$  partes del azúcar exportado se enviaba a los Estados Unidos, y Cuba era el principal mercado para nuestro café. La tercera parte de nuestras importaciones venía de España, y de Estados Unidos, cerca de una cuarta parte.

El sistema fiscal era injusto. El 80% de las rentas públicas provenían de los derechos de aduana, los que descargaban su peso principal sobre los alimentos y otros productos de consumo. La mitad de los ingresos del gobierno, los que apenas llegaban a 4,000,000 de pesos, se dedicaba a sostener los establecimientos militares y navales y la Iglesia. El gobierno dedicaba muy pocos recursos y prestaba muy poca atención a la instrucción pública, a los servicios de sanidad y limpieza y a la promoción de los recursos y de la riqueza. De la población escolar solamente un 8% tenía acceso a las escuelas y de cada 100 personas de 10 años o más de edad, 76 eran iliteratos. Había entonces un par de acueductos y, forzando el concepto, un sistema de alcantarillados. La mortalidad era muy elevada, alcanzando niveles de alrededor de 30 muertes por cada mil habitantes. La Isla estaba densamente poblada. De acuerdo con el censo de población de 1899, los habitantes de Puerto Rico llegaban a 953,000 y la densidad poblacional por milla cuadrada alcanzaba a 275.

En relación con el desarrollo agrícola y comercial de la Isla para aquella época, Puerto Rico estaba entonces más densamente poblado que ahora y las normas de vida eran más bajas que las que prevalecen hoy en nuestra Isla. Escaseaban las oportunidades de trabajo en las industrias, en el comercio y la transportación y en los servicios públicos y profesionales. Una quinta parte de los trabajadores se ganaba la vida en servicios personales y domésticos; menos de uno de cada 100 trabajadores tenía oportunidad de dedicarse al servicio público o a las profesiones y sólo 8 de cada 100 se ganaban la vida en trabajos de manufactura.

Los recursos bancarios eran poco más de \$6,000,000 y los depósitos en los bancos apenas llegaban a \$2,000,000. Las facilidades de crédito eran escasas y costosas. Una elevada proporción de la propiedad rural estaba hipotecada, ascendiendo el total de las hipotecas a más de 30,000,000 de pesos.

Haciendo un resumen de estos datos y condiciones, podemos afirmar que la economía de Puerto Rico a fines del siglo pasado era casi totalmente agrícola, con muy poco desarrollo técnico y científico, bajo la cual nuestros recursos se explotaban pobremente y los rendimientos no eran suficientes para asegurar niveles adecuados de vida y servicios necesarios a la mayor parte de la población. La escasez de comunicaciones y de facilidades educativas, la estrechez de los recursos, la falta de crédito y el elevado costo del capital, el sistema fiscal inequitativo y la falta de interés de parte del gobierno para fomentar la riqueza, no eran ciertamente condiciones favorables al mejoramiento económico y al desarrollo de oportunidades adecuadas de vida para la crecida población de aquella época.

## II *Desarrollo de la Economía Insular durante este Medio Siglo*

Durante los últimos años de la soberanía española en Puerto Rico, el cultivo del café había obtenido señaladas ventajas económicas y predominaba por su extensión y prosperidad por sobre las otras actividades agrícolas del país. El café disfrutaba de preferencias en el mercado cubano y en el mercado de España, tenía buena aceptación en otros mercados de Europa y se vendía a muy buen precio. La caña de azúcar, por el contrario, se tropezaba con dificultades de precios, plagas, falta de recursos de los agricultores y deficiencias en la técnica utilizada para convertirla en azúcar.

A raíz del cambio de soberanía el café fué adversamente afectado por el ciclón de 1899. También fué adversamente afectado por las nuevas relaciones políticas y tarifarias que inevitablemente trajeron cambios en las relaciones comerciales de Puerto Rico con el exterior. Durante la primera década de este siglo el precio del café en dólares bajó a cerca de la mitad del precio en pesos españoles a que se exportaba durante los últimos años de la dominación española. No obstante, las cifras de exportaciones de café durante esa década y durante los primeros cinco años de la segunda década demuestran que la producción de café llegó a alcanzar un volumen casi igual a la producción de la última década del siglo anterior. La primera Guerra Mundial y los años de la posguerra crearon dificultades para los mercados de nuestro café en Europa. Los ciclones de 1928 y 1932 unidos a la depresión económica crearon condiciones muy precarias para nuestra industria cafetalera. Nuestras fincas de café apenas producen para satisfacer el consumo doméstico y la agricultura de café vive una vida difícil a base de subsidios y protecciones del gobierno.

La historia del azúcar y del tabaco es muy distinta. Como resultado de la protección tarifaria, de la entrada libre de ambos productos al mercado de Estados Unidos, de la inversión de capital norteamericano, del desarrollo de mejores técnicas de cultivo y manufactura, ambos productos se desarrollaron con asombrosa rapidez durante las primeras tres décadas de este siglo. Las 70,000 cuerdas de caña se fueron extendiendo rápidamente hasta abarcar más de 300,000 cuerdas, y las 70,000 toneladas de azúcar se convirtieron en 1,000,000 de toneladas. Los cultivos se extendieron por los llanos de la costa que antes se dedicaban a ganado y los cuales con la ayuda del riego y de cultivo científico se transformaron en fértiles colonias de caña. Los que en un tiempo fueron trapiches y pequeños ingenios se convirtieron en modernas factorías. Se multiplicaron los rendimientos y la caña se convirtió en rica mina para inversionistas, hacendados y colonos. Se aumentaron las oportunidades de trabajo mejor retribuido para los obreros de la llanura y para los obreros de la montaña. El gobierno pudo aumentar sus rentas y extender los servicios públicos mejorando los medios de comunicación. lo que contribuyó a acelerar el desarrollo de la agricultura y de la economía en general.

Hasta el año 1927 el cultivo y producción del tabaco creció con mayor rapidez que el cultivo de la caña y la producción de azúcar. En 1897 se produjeron 62,000 quintales de tabaco y se cultivaron alrededor de 6,000 cuerdas de este producto. Treinta años después la producción alcanzaba medio millón de quintales producidos en un área de 80,000 cuerdas. En esos treinta años el valor de exportación de este producto para la economía de la Isla aumentó de poco más de 1,000,000 de pesos a \$25,000,000. Como resultado de este enorme desarrollo de la industria tabacalera, la región del centro oriental de la Isla disfrutó de una creciente prosperidad, multiplicándose rápidamente las oportunidades de trabajo en una zona en que de no



haber mediado este producto hubiera sido una de las más pobres de la Isla por su topografía y la calidad de sus suelos. El cultivo del tabaco tiene para esta isla superpoblada considerables ventajas: utiliza mayor cantidad de trabajo por cuerda que la caña y el café; ofrece oportunidades abundantes de trabajo en la manipulación, despallado y manufactura; la tierra donde se cultiva queda libre para la producción de alimentos durante más de la mitad del año; la mayor parte del área dedicada a tabaco se cultiva en pequeñas fincas de familia.

El cultivo de frutas y especialmente de toronjas y piñas también se extendió considerablemente durante las primeras tres décadas de este siglo, aprovechándose de las ventajas que ofrecía el mercado protegido de los Estados Unidos. En el año 1929-30 las exportaciones de frutas alcanzaron un nivel de cerca de \$8,000,000.

El desarrollo y florecimiento del azúcar, el tabaco y las frutas durante los primeros treinta años de este siglo llegó a adquirir tanta importancia que constituyeron más de  $\frac{3}{4}$  parte del valor de las exportaciones, las que al final de este periodo fueron de alrededor de \$100,000,000. La economía de Puerto Rico se había transformado de una economía de muy poco desarrollo agrícola comercial, con excepción del café, a una economía de agricultura intensamente comercializada en la que habían adquirido enorme importancia el azúcar, el tabaco y las frutas de exportación.

Como resultado de estos cambios adquirieron importancia comercial los frutos menores y la zona montañosa encontró mercados crecientes para sus guineos, plátanos, yautía, carbón y otros productos similares. Se extendieron las oportunidades de trabajo mejor retribuido en la agricultura dedicada a estos productos, en el comercio y en la transportación, en las industrias y en los servicios profesionales y públicos. La producción y la riqueza crecieron más rápidamente que la población; las rentas se mul-

tiplicaron y como consecuencia los servicios públicos se extendieron con rapidez; los niveles de vida mejoraron considerablemente. Se multiplicaron las escuelas, los acueductos, los servicios sanitarios, las carreteras; se hicieron sistemas de regadío y se mejoró notablemente la técnica en el cultivo de la caña. Se extendieron las facilidades de crédito y bajaron los tipos de interés. La mortalidad se redujo y la población creció con ritmo ascendente hasta alcanzar un aumento anual de cerca de 2%.

La población se fué ajustando gradualmente a estos cambios. De las regiones montañosas, especialmente de la región cafetalera donde las oportunidades de trabajo y de mejoramiento económico no guardaban proporción con el aumento en el número de habitantes, se trasladaron los obreros y las familias en crecido número hacia las zonas bajas y hacia los pueblos y ciudades. Puerto Rico se había convertido en un país menos rural, de mayor comercio, en el que adquirirían mayor importancia las actividades industriales y los servicios. En 1930, 22 de cada 100 personas en ocupaciones lucrativas trabajaban en la manufactura y en la industria, y 11 de cada 100, en servicios comerciales y de comunicaciones. Más de 16,000 personas trabajaban en servicio profesional y público en comparación con poco más de 2,000 en el 1899. La proporción de personas con ocupaciones lucrativas que se veían obligadas a trabajar en servicios domésticos y personales se redujo de 1/5 a menos de 1/10 de los ocupados lucrativamente, o sea de cerca de 60,000 en 1899 a menos de 47,000 en 1930.

Las relaciones con Estados Unidos se hicieron cada vez más estrechas. El mercado protegido de Estados Unidos se convirtió en el mercado casi exclusivo para los productos de exportación de la Isla y en ese mercado se adquiría el 87% en valor de nuestras importaciones. El capital norteamericano en forma de inversiones y préstamos constituía cerca de  $\frac{1}{2}$  parte de la riqueza total estimada de la Isla. Para las actividades corrientes agrícolas, comerciales

e industriales la Isla dependía de los bancos y del crédito norteamericano, de la transportación en barcos norteamericanos, y hasta el crédito público que se utilizó para el fomento de obras públicas y que en 1930 alcanzaba más de \$49,000,000 representaba capital norteamericano. Durante este período y en los años subsiguientes a la Primera Guerra Mundial, adquirió importancia la industria de la aguja, el valor de cuyas exportaciones en 1929-30 excedió de \$13,000,000. La economía de Puerto Rico y la vida de sus habitantes dependían en enorme proporción de la economía de Estados Unidos y de la política de ese país con respecto a tarifas, convenios internacionales, instituciones de crédito agrícola y asignaciones federales aplicables a Puerto Rico. La Isla se convirtió en uno de los mercados más importantes de Estados Unidos, tanto desde el punto de vista de las exportaciones como de las importaciones. Cerca de 50,000 puertorriqueños se trasladaron a Estados Unidos y allí se quedaron en busca de mejores oportunidades de vida y de cultura.

La intensa y extensa depresión económica que se inició en Estados Unidos a fines del año 1929 produjo considerables cambios en la economía de Puerto Rico. Se detuvo el ritmo de expansión de la industria azucarera; se redujo considerablemente la producción de tabaco y de frutas; se inició una serie de medidas que resultaron en un marcado aumento de los fondos que el Gobierno Federal asignaba para ayuda a la Isla; se extendieron a la Isla reglamentos federales para limitar la producción de azúcar y tabaco y para pagar compensación a los productores. Podemos afirmar que en la década que precedió la Segunda Guerra Mundial el Gobierno de Estados Unidos invirtió en Puerto Rico en ayuda directa al Gobierno Insular, en gastos de emergencia para dar trabajo a los desocupados y en pagos de beneficio a los agricultores más de \$150,000,000. También se hicieron préstamos por instituciones federales por un total de más de 28,000,000 de dólares. Las relaciones de carácter fiscal entre la Isla y el Gobierno de Estados

Unidos adquirieron una marcada importancia para la economía de Puerto Rico.

La Segunda Guerra Mundial dió un tremendo impulso a estas relaciones aumentando su importancia en tal forma que no obstante el detenido crecimiento de la industria azucarera y la situación precaria de otros productos agrícolas, el ingreso total de la Isla ha aumentado en estos últimos años bastante más rápidamente que la población. El promedio de gastos federales en Puerto Rico incluyendo el pago al Tesoro Insular del producto de las rentas internas federales ha sido de más de \$150,000,000 anualmente. Dependemos hoy para nuestra vida económica no solamente del mercado protegido de Estados Unidos para nuestros productos agrícolas e industriales sino también de los fondos que el Gobierno de Estados Unidos gaste, invierta o distribuya en alguna forma en la economía insular.

La perspectiva para la expansión de nuestra agricultura comercial no es halagüeña. Por esta razón nos hemos esforzado en estos últimos años en dar nuevo impulso a las actividades industriales. Hemos invertido fondos públicos en nuevas empresas manufactureras y en el estudio y promoción de actividades industriales privadas. Hemos adoptado medidas extremas para inducir al capital privado insular y continental a establecer nuevas empresas industriales. A mi manera de ver, esta nueva tabla de salvación económica nos une más estrechamente aún con la economía de Estados Unidos, aunque colateralmente amplíe las oportunidades para el desarrollo de empresas y productos para el mercado de Puerto Rico.

Durante estos últimos años hemos acumulado enormes reservas de capital como consecuencia de un balance favorable en nuestras transacciones corrientes con Estados Unidos. Hemos reducido nuestra deuda pública y nuestras inversiones en valores norteamericanos alcanza una suma respetable. Nuestras normas de vida han continuado en

ascenso y la mortalidad ha bajado a niveles de países industriales. Hemos seguido aprovechando las oportunidades que ofrece la economía de Estados Unidos a nuestros trabajadores y más de 130,000 puertorriqueños han salido de Puerto Rico y se han quedado en Estados Unidos desde que empezó la Segunda Guerra Mundial.

### *III La Economía Actual y sus Problemas*

A la luz del precedente análisis de nuestro desarrollo económico en lo que va de este siglo y de los factores sobresalientes que han determinado la dirección y las modalidades de la economía de nuestra isla, podemos hacer el siguiente inventario de nuestros problemas económicos.

Nuestra principal fuente de riqueza sigue siendo la tierra, especialmente la tierra cultivable y productiva. La elevada densidad poblacional de nuestra isla nos obliga a cultivarla intensamente y con esmero y a dedicarla a productos de alto rendimiento en volumen y en ingresos. Por eso hemos dedicado a caña, tabaco y frutas una parte considerable de nuestras tierras cultivables. Sin el mercado protegido de Estados Unidos y en ausencia de otros factores que facilitaron este desarrollo conveniente para nuestra economía, nuestras tierras producirían menos ingreso y se utilizarían menos intensamente. Nuestros trabajadores tendrían menos oportunidades de trabajo en la agricultura y en otras actividades económicas que son reflejo de la economía agrícola comercializada. Los salarios serían más bajos, el gobierno obtendría menos ingresos para servicios públicos y las normas de vida serían inferiores a las que actualmente prevalecen.

Es cierto que la protección tarifaria, las cuotas y los pagos de beneficio a los agricultores de caña son elementos ajenos a nuestro control, que pueden variar y desaparecer con cambios en la política económica de Estados Unidos y que si tuviéramos que competir libremente con países como Cuba, donde es abundante y barata la tierra y, por consiguiente, los costos son más bajos que los nuestros, la producción agrícola para los mercados exteriores tendría que reducirse en Puerto Rico y limitarse a las tierras de mayor productividad. Este mismo razonamiento es aplicable a la industria de la aguja, al ron y a las viejas y nue-

vas industrias que dependen para su prosperidad del mercado protegido de Estados Unidos.

Si en Puerto Rico no pudiese dedicarse una proporción considerable de las tierras a cultivos de elevado valor comercial, la isla no podría sostener la población actual ni siquiera a niveles de hambre, a menos que se aumentase considerablemente la ayuda que hoy recibimos de Estados Unidos por distintos conceptos. La realidad es que dentro del marco de una economía racional, libre de factores artificiales de protección y preferencias y sin la ayuda externa, la isla de Puerto Rico no podría sostener ni siquiera la mitad de la población actual a niveles decentes de vida y de progreso. Tenemos densidad poblacional de país industrial sin serlo. Nos comparamos con Bélgica y Holanda sin advertir los siglos de desarrollo comercial e industrial y las posesiones coloniales de estos países que motivaron y justificaron su crecida población y les permiten mantener normas de vida y de cultura relativamente elevadas. Puerto Rico comienza su desarrollo industrial con una población de país plenamente industrializado. Y somos esencialmente un país agrícola que por una coyuntura histórica tuvimos acceso libre al mercado enorme y creciente de uno de los países más ricos del mundo, que por tradición creía en proteger el mercado de sus productos de la competencia extranjera. Por coincidencia, nuestros productos agrícolas de mayor promesa económica también se producían allí y disfrutaban de una elevada protección arancelaria, aunque se importaban del extranjero cantidades considerables para completar el abasto doméstico. Y también tuvimos acceso a fuentes inagotables de capital y de crédito y a técnicas avanzadas de producción y comercio. Y como teníamos tierras propias para estos cultivos que por estar mal aprovechadas o por falta de riego, eran baratas, y había abundancia de obreros baratos y nos cobijaba la misma bandera y prevalecía la misma moneda y el comercio libre entre Puerto Rico y Estados Unidos, los capitalistas norteamer-

ricanos aprovecharon rápidamente la ocasión prometedora e iniciaron las nuevas empresas de azúcar y tabaco y con ellas la transformación de la economía agrícola de Puerto Rico.

La mayor producción de caña y tabaco trajo inevitablemente una forma de industrialización y el desarrollo del comercio y la transportación. La caña hay que convertirla rápidamente en azúcar y mieles y hay que ensacarla, transportarla a los muelles y embarcarla. El tabaco requiere secado, cura, despallado, fermentación, embalaje, transportación y embarque. También puede convertirse en cigarros y dar margen a otra industria importante.

No obstante los factores de incertidumbre y de innegable inestabilidad a que está sujeta nuestra producción agrícola de exportación, a ella le debemos principalmente nuestro enorme progreso económico y el mejoramiento en los niveles de vida y no podemos prescindir de ella sin transtornar fundamentalmente nuestra economía. Si las probabilidades del futuro indican precios más bajos, tenemos que esforzar nuestro ingenio para producir a costos más bajos. Porque la solución desde el punto de vista de la conveniencia general, no está en producir menos de estos productos valiosos, sino en producir más siempre que haya mercado y lo permitan las restricciones. Si otras zonas mecanizan el cultivo y recolección de la caña y la remolacha y mejoran su técnica de producción y reducen los costos, tendremos que hacer lo mismo o nos exponemos a perder mercado y a producir menos. Estos cambios a que están expuestos todos los productores de todos los países, requieren ajustes difíciles y a veces costosos y dolorosos.

El mejor seguro contra la inestabilidad de estos productos es una mayor eficiencia y productividad, y la complementación de estas explotaciones agrícolas para el mercado exterior con explotaciones agrícolas para el mercado local y con el fomento de productos para el consumo do-



méstico en tierras de menor productividad. Ante la imposibilidad de extender el área de la isla, es imperativo extender el área cultivable hasta donde sea posible física y económicamente e intensificar el cultivo de las tierras utilizables sin aumentar los costos. Hay que usar la tierra con mayor ciencia, adaptando los cultivos a los suelos, eliminando todo desperdicio o mal uso de la tierra por falta de recursos, de conocimientos y de iniciativa de sus dueños, o porque los derechos de propiedad presentan obstáculos. La tremenda presión poblacional sobre nuestros recursos justifica la adopción de medidas radicales por el gobierno para hacer que nuestro recurso principal produzca el mayor volumen posible de ingresos, trabajo, alimentos y materias utilizables en la economía general, y para que sus rendimientos se repartan con equidad.

El crecimiento rápido de la población hace que la tierra sea más valiosa cada día, desde el punto de vista económico y social. Nuestro bienestar seguirá dependiendo de lo que en ella se produzca y hay que mejorar su productividad a toda costa. Hacia este propósito hay que enfocar el esfuerzo combinado de la escuela, del Servicio de Extensión, de las Estaciones Experimentales, la Universidad, el Departamento de Agricultura, la Compañía Agrícola, la Autoridad de Tierras y los estudios técnicos y económicos para señalar mejores procedimientos y cultivos y para hacer mejores agricultores.

Un país densamente poblado, cuya población continúa creciendo con asombrosa rapidez y cuyos recursos naturales son escasos, tiene que valerse de la inteligencia, de la educación y del adiestramiento técnico y científico para obtener medios de vida a cambio de servicios, a menos que se dedique a la explotación de otros países o a hacer inversiones de capital, si es que ha tenido la fortuna de acumularlo, en regiones nuevas o en países de menos desarrollo económico.

Por medio de empresas industriales y comerciales, organizaciones de banca, y seguros, empresas de transporte marítimo y aéreo, organizaciones científicas y técnicas y haciendo el país atractivo a viajeros y turistas, han conseguido otros pueblos ampliar las oportunidades de trabajo lucrativo para su población y aumentar su riqueza y sus niveles de vida.

La industria de la aguja en Puerto Rico es un buen ejemplo de cómo pueden emplearse cincuenta mil obreros adiestrados en la prestación de servicios de valor comercial, sin que estas oportunidades guarden relación con recursos de nuestro suelo. Este ejemplo hay que multiplicarlo, escudriñando el horizonte industrial de Estados Unidos y de otros países, con ojos adiestrados, con audacia y desarrollando la competencia necesaria, técnica, científica y comercial, para descubrir y saber aprovechar estas oportunidades.

Cerca de una cuarta parte de nuestro ingreso total se origina en la ayuda y en los gastos del gobierno federal en Puerto Rico con motivo de las crecidas sumas asignadas durante la guerra y los años de la posguerra. El montante de esta contribución a nuestra economía es igual al ingreso total de todas nuestras actividades agrícolas y mayor que el ingreso de la industria azucarera. Sin estas asignaciones federales no podríamos sostener nuestra economía al nivel actual, emplear el 90% de nuestros trabajadores, dedicar crecidas sumas a los servicios públicos y al fomento de nuestros recursos y disfrutar de un elevado poder adquisitivo. A ese factor debemos nuestro mejoramiento económico desde que empezó la guerra y el que nos ha permitido acumular 278 millones de dólares en depósitos bancarios, reducir la deuda pública y las inversiones extranjeras, hacer inversiones considerables en valores extranjeros, importar productos por un valor mucho mayor al de nuestras exportaciones, (en el año 1947-48 la diferencia ascendió a \$168 millones) y dedicar fondos públicos al fomento de nuevas

empresas industriales, agrícolas, bancarias y de servicio público y para la construcción de obras y mejoras públicas.

Debemos crear rápidamente actividades industriales y agrícolas de carácter permanente para ir sustituyendo estas entradas a medida que vayan reduciéndose. De lo contrario aumentará considerablemente el desempleo. El programa del gobierno para fomentar el desarrollo industrial y comercial es alentador y debe proseguirse. De lo contrario, ¿por dónde vamos a salir del atolladero actual?

La emigración ha sido otra feliz coyuntura para Puerto Rico desde que empezó la guerra. Ciento veinte y dos mil puertorriqueños se han trasladado a Estados Unidos y han permanecido allí desde 1944. Esta emigración equivale al aumento natural de población por dos años. Sin esta descongestión, ¿cuánto sería nuestro desempleo?

Es necesario continuar el fomento de la emigración organizada como medida de alivio, para facilitar el desarrollo de otras soluciones de mayor permanencia. La emigración es insegura y como medida permanente es costosa y antieconómica. En años de depresión se convierte en un bumerang, como ya lo hemos visto en el pasado.

Detenido el desarrollo de nuestra agricultura de exportación y amenazados por la probable reducción de asignaciones federales motivadas por la guerra, ¿podemos confiar en que nuestra economía mantenga el nivel actual de actividades y provea para la población creciente a base de las nuevas industrias y de la mayor producción agrícola para las necesidades domésticas? ¿Podrá la emigración absorber el sobrante de trabajadores?

Quando se examinan las cifras de empleo en las nuevas industrias y se considera el enorme volumen de capital invertido en ellas, es inevitable la conclusión de que es muy improbable que la creación de nuevas empresas industriales pueda ser suficiente para ofrecer oportunidades de tra-

bajo con la misma rapidez con que crece la población trabajadora, además de emplear a los que actualmente están desempleados.

Si pensamos que los ingresos actuales de los obreros y sus niveles de vida distan mucho de ser satisfactorios, debe ser también objetivo de nuestra actividad económica el mejorarlos. ¿Puede todo esto asegurarse sin detener o reducir el crecimiento de la población? Yo creo que es imposible y que a menos que se logre detener el crecimiento actual de nuestra población no habrá solución satisfactoria a ninguno de nuestros problemas, tanto los económicos como los de naturaleza social.

De no haber intervenido los factores fortuitos de ayuda extraña que he señalado, el problema se podría observar en toda su crudeza de mayor desempleo y desamparo, de aumento en enfermedades y mortalidad, de impotencia del gobierno para atender, con menores recursos, dificultades recrecidas.

El aumento actual de la población es el resultado de una elevadísima natalidad y de una continua reducción en la mortalidad. En términos matemáticos, podría detenerse el aumento natural reduciendo la natalidad al nivel de la mortalidad, aumentando ésta hasta el nivel de la natalidad, o reduciendo la natalidad y aumentando la mortalidad hasta que sean iguales. Pero en términos de bienestar social y de conciencia humana, sólo podemos considerar como deseable la reducción de la natalidad.

Muchas personas creen que esto no puede alcanzarse sin un aumento considerable en los niveles de vida porque ésta es la experiencia de otros pueblos. Si esto fuera cierto, tendríamos que esperar muchos años, tal vez siglos, para duplicar esa experiencia. El mismo razonamiento podríamos aplicarlo al desarrollo industrial. No hay duda de que bajo condiciones de vida de elevado ingreso econó-

mico y de alto nivel cultural, especialmente en las ciudades modernas, se desarrollan un ambiente propicio y estímulos presionantes para la limitación de la prole. No existen probabilidades de que en Puerto Rico se desarrollen rápidamente los niveles económicos y culturales que produzcan el ambiente propicio para la limitación espontánea de la prole y mucho menos para llevar esta limitación a un nivel en que evite el crecimiento de la población. Es más probable que el crecimiento actual contribuya pronto al deterioro de los niveles económicos que hoy prevalecen en nuestra isla.

El gobierno tiene que enfrentarse a este problema con parecidos entusiasmo y energía con que está haciendo frente al problema de la industrialización. Hay que educar intensa y extensamente para crear conciencia del problema, para desarrollar intereses y ambiciones por una vida más plena y más elevada, para fomentar un mayor grado de responsabilidad paterna y para que se entiendan mejor los problemas que nos afectan a todos. Y hay que instruir e informar al pueblo con respecto a los medios más apropiados, dentro de nuestras circunstancias, para que se procure reglamentadamente, a la medida de los deseos y recursos de cada familia, y facilitar estos medios a los que por falta de recursos no puedan adquirirlos del mismo modo que se dan medicinas y servicios médicos gratuitamente a los que no pueden pagarlos.

